

Quesada Mora, Gabriel

La mística en la lírica costarricense de Ana Zelaya y Helena Ospina: la libertad de espíritu en la experiencia del amor divino

V Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2013
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Quesada Mora, Gabriel. "La mística en la lírica costarricense de Ana Zelaya y Helena Ospina : la libertad de espíritu en la experiencia del amor divino" [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología. La libertad del Espíritu, V, 17-19 septiembre 2013. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/mistica-lirica-costarricense-zelaya.pdf> [Fecha de consulta:]

La mística en la lírica costarricense de Ana Zelaya y Helena Ospina: La libertad de espíritu en la experiencia del amor divino.

Gabriel Quesada Mora
egogarnez@hotmail.com
Universidad de Costa Rica

Resumen

Ana Zelaya, y Helena Ospina de Fonseca, traducen mediante la palabra poética su experiencia y búsqueda del Amor trascendente de Dios. Sus respectivos poemarios *Silenciosa geometría* y *Divina herida* dan cuenta de su ser creatural libre y limitado, pero orientado hacia la unión en el amor de Dios. De esta manera libertad y vocación de amor se plantean como dos aspectos fundamentales para la recta comprensión del sentido de la vida.

Palabras clave: Ana Zelaya, Helena Ospina, amor, verdad, libertad, vocación.

Persona y poesía: literatura y belleza

La literatura es una manifestación de la belleza. Belleza que es mayor en cuanto exista lo que el poeta francés Paul Valéry denomina la unidad de “fondo y forma”. La obra literaria está llamada a ser una unidad en la que el fondo y la forma han de exigirse mutuamente y corresponderse.

Es valioso tener presente lo que Valery reflexionó sobre el poder transformador del arte, de cómo el proceso de creación artística configura al artista (Ospina 202). Para Valery la creación artística es una manera en la que el artista se perfecciona, y cómo el artista no está hecho de una vez y para siempre, es mediante el acto creador que se va haciendo. Ser poeta no es una meta sino un camino en el que cada experiencia creativa significa un paso adelante hacia lo perfecto.

El proceso creativo que desemboca en una obra de arte requiere del artista unas competencias que no se adquieren por arte de magia. Aquí nos encontramos frente a la realidad creativa de exigencias precisas de conocimientos y técnicas formales para poder concretar la obra. A esto mismo alude la poeta Helena Ospina cuando afirma que:

Compara el oficio del artista –como Paul Valéry– a la cantera de piedra. Su trabajo consiste en arrancar –a la profundidad de la roca– las piedras preciosas que esconde celosamente. El artista sabe que es depositario de una gran riqueza. Sabe que esta riqueza es inmerecida. Busca trabajar con diligencia su verso. Sabe que le esperan las gemas de esta cantera. Sabe que ellas requieren el esfuerzo de su trabajo (Ospina 24).

En los casos que nos ocupan: Zelaya (1934–) y Ospina 1944–), la poeta debe tener la certeza de un don que exige ser llevado a plenitud con el trabajo diario. Este arrancar a la roca las piedras preciosas implica antes un saber mirar en profundidad, ir más allá de lo inmediato y superar las apariencias.

Aunado al oficio creativo y sus exigencias tenemos el gran aporte de la herencia cultural de los antepasados: la tradición artística que hace posible un continuo, el artista como heredero de este tesoro debe preservar este conocimiento pero al mismo tiempo debe traducir en un lenguaje nuevo y distinto los problemas y dramas universales. Esto lo percibimos bien en el poemario *Divina herida* de Helena Ospina, en capítulo III: “Deleite de amor”, que es una glosa al *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz. No se trata de copiar a los antiguos clásicos en sus formas, sino en imitarlos en la manera en que crearon sus obras. Al respecto son valiosas las palabras del sacerdote jesuita y humanista Eduardo Ospina:

así la grandeza del artista moderno no está en copiar las obras que ellos hicieron, sino en tener el mismo principio del arte: la expresión de la vida propia, la inspiración de la propia historia, la profesión sincera y franca de la propia fe (Ospina 415).

Se comprende que es una imitación que está relacionada con ámbitos que tienen que ver directamente con la persona, con lo ordinario de la vida. De ahí que el arte moderno debe buscar en su propia época el material para sus creaciones, este es el principio que da lugar a algo nuevo y continuo al mismo tiempo. De esta manera persona y arte no son dos realidades ajenas, el artista no debe abstraerse de su obra y de la vida. En esta vía es importante recordar las palabras de Saint John Perse cuando dice que:

En su camino [el poeta]... se niega a separar el arte de la vida, el amor del conocimiento; porque la poesía es acción, pasión, fuerza y constante renovación que cambia las fronteras [...] Sea el poeta indiviso quien atestigüe entre nosotros la doble vocación del hombre [...] Es invocar en el propio siglo una condición más humana más digna del hombre original [...] Y ya es bastante para el poeta ser la mala conciencia de su tiempo. (Delclaux: 164-165).

El artista y en particular el poeta no escribe para el pasado, escribe como exigencia de una vocación a la belleza, escribe en el presente de su época. En el caso de la poesía mística elegida podremos ver cómo convergen en una sola realidad el poeta y el poema: persona y creación son poesía al unísono, porque la experiencia de Dios implica la exigente verdad de la “unidad de vida”, ser uno, sin máscaras ni desdoblamientos. Ya lo recuerda el filósofo austriaco Ferdinand Ebner (1882-1931) “ir de la palabra a la vida, de la vida a la palabra... Este es el sentido de la existencia humana. Todo el contenido espiritual consiste en ello” (López, 1997). Y la palabra y vida convergen en la persona humana que ha sido vivificada y ha recibido el don de la palabra, palabra que pide ser dirigida todas las mañanas a Dios como el orante de laudes: “Señor abre mis labios y mi boca proclamará tu alabanza”. Palabra que es comunicación de amor, así como la poesía mística es comunicación amorosa de lo inefable.

La libertad divina y humana

En el caso de la poesía costarricense elegida, responde a un abrirse de la persona humana al misterio trascendente de lo divino. De esta manera esta poesía no es puro artificio literario, pura ingenio lingüístico, sino que es una traducción al lenguaje poético de lo inefable, es un acercarse a Dios quien es el que ha tenido primero la iniciativa de darse a conocer. Luego los poetas mediante el lenguaje poético intentan comunicar el acercamiento

de su alma a Dios que es Amor. En esta experiencia humana de lo divino es fundamental la libertad. Por un lado, la libertad de Dios que elige manifestarse cómo quiere y a quien quiere. Ya lo recuerda el evangelista san Marcos cuando Dios en la persona de Jesús de Nazareth “llamó a los que él quiso, y fueron junto con él”. Primero es la iniciativa divina, como bien lo manifiestan las palabras de Jesús: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros”. En esta línea es que se entiende el poema *¡Divino Artífice!* de Helena Opsina:

¡Oh Divino Artífice!
que enciendes en Amor
los corazones,
y los dejas heridos
para siempre,
con el dulce fuego
de Tu ardor.

En su divina libertad Dios ha querido encender en su Amor los corazones de las personas. Este primer movimiento del amor divino se explica –siguiendo a santo Tomás de Aquino– porque:

“entre la criatura y el Creador hay una infinita diferencia cualitativa; entre la infinita plenitud de Dios y la infinita indigencia de la nada, hay un vacío que solo puede salvarse en virtud de la acción omnipotente y libre de Dios, siempre presente y fundante de la realidad misma de todas las cosas” (Ocaríz 14).

En el poema el *Gozo* de Ana Zelaya, vemos cómo se pone en primer lugar el movimiento divino:

Tú vienes y nos cubres
con tu Espíritu luminoso
y así el universo
tiene sentido y nuestras vidas
dirección, estímulo y razón (39).

Dios viene, es el primero. Su acción configura lo existente, de Él proviene el auténtico sentido, dirección, estímulo y la razón. De parte de la poeta hay un re-conocimiento del Dios que en el Horeb dijo a Moisés “Yo soy el que soy”. Zelaya expresa la sencilla y exigente confianza de ese abandonarse en Dios, lo reconoce además por el conocimiento de la fe que le permite expresar –como san Pablo–: “sé de quién me he fiado” y por tanto escribe en el poema *Reposo*:

Como bote
embriagado
de luz y azul,
mi alma flota
en el océano
de tu Amor (17).

Veamos la disposición de los versos. Es un camino de ascenso: de lo pequeño a lo grande. El Amor –que es Dios mismo, ya nos lo recuerda san Juan– sostiene y da fundamento al poema, así como es el Amor la base y fundamento a toda auténtica experiencia mística.

Ahora bien, el ser humano con su libertad puede aceptar la invitación divina o rechazarla. Lo expresa con claridad el número 1730 del Catecismo de la Iglesia Católica cuando afirma que “Quiso Dios “dejar al hombre en manos de su propia decisión” (Si 15,14.), de modo que busque a su Creador sin coacciones y, adhiriéndose a Él, llegue libremente a la plena y feliz perfección” (GS 17)”. De esta manera se comprende que la libertad del hombre es el gran riesgo de Dios (Ocáriz 12). Amor y libertad se implican mutuamente y el asentimiento personal del “fiat” es la respuesta modelo en la que el amor y la libertad personal convergen. Por lo anterior es que Ospina en el poema *Amor* dice:

Que no quiero cejar
en esta carrera de Amar.
Y aunque el corazón
pida consuelos...
recuérdale
¡corazón en la cruz, entero!
Para que así tornes más dulce
a otros Tu divino lagar (22).

Este no querer cejar es ya la manifestación de la voluntad madura que responde con plena libertad a las exigencias propias del amor. Voluntad madura que sabe sus propias fragilidades y que por esto solicita el constante recuerdo divino –la Gracia– para no desfallecer en la carrera de amar. Amor y libertad, de aquí surge otro elemento constitutivo de este binomio: la dimensión difusiva y de apertura propia del amor. En el poema anterior lo vemos en la imagen de la cruz: el corazón clavado, como el Hijo de Dios con los brazos abiertos para acoger al mundo, “¡corazón en la cruz, entero!”, corazón abierto que en la aparente derrota de la cruz es cuando realmente es elevado por el amor a la plenitud de una nueva realidad.

Lo recuerda bien García de Haro –parafraseando a san Josemaría Escrivá– cuando dice que “Dios ha querido escribir en el tiempo un poema divino con el concurso de nuestra libertad. Por eso, Él no desea respuestas forzadas, sino decisiones que salgan del fondo del corazón” (198). Con la plena conciencia de su libertad es que Ospina en el poema *Consuelo* afirma que:

Consuelos en la tierra,
no los quiero.
Que los quiero
todos, en el cielo...
Y así me apresto, ¡oh Amor!,
a entregarte todo.
Aunque deje aquí, en jirones,
mi corazón entero (23).

Rechazar la inmediatez de los consuelos humanos, no porque no sean buenos o necesarios, sino porque el alma orante en gesto de abandono quiere entregarse toda, sin ataduras. Corazón sediento e inquieto –al modo de san Agustín– que sabe que su consuelo definitivo solo lo encontrará cuando se vuelva a estar en perfecta unión de amor con Dios. Al igual que Ospina, Zelaya manifiesta en el poema *Gozo* esta certidumbre del alma que sabe que su verdadero descanso está en Dios:

Vuelvo de nuevo a Ti, Señor,
[...] y eres Tú, Amor,
quien haces
libre, feliz y serena
mi pobre alma (40).

Libertad consiente y certeza del amor trascendente hacen que el alma esté más dispuesta en el anhelo profundo del reencuentro. “Vuelvo de nuevo a Ti” es corresponder a la llamada siempre presente de Dios.

Dios: el Tú silencioso y el Amado

Comencemos con el poemario *Silenciosa geometría* de la poeta Ana Zelaya (1934–), publicado en el 2003. El primer poema es el que le da título a la obra y es ya una sugerente clave interpretativa porque en efecto, el actuar ordinario de Dios son los milagros silenciosos en los días y las noches del mundo:

En la silenciosa geometría
de tus formas,
en la curvatura de la rama,
la redondez del fruto,
la equidistancia
de los pétalos de una margarita,
te revelas Tú, mi Señor (15).

El Dios grande y victorioso, el Dios de los portentos, el que cimentó la Tierra, es también el Dios silencioso de lo pequeño, lo imperceptible. Solo un alma de sensibilidad espiritual puede mirar y cantar la “silenciosa geometría” que el Creador imprime en sus obras. La revelación divina escoge las realidades frágiles para mostrar precisamente que de Él es la obra. Ya lo recuerda san Pablo cuando se refiere al don del ministerio sacerdotal que es un “tesoro en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios”.

Para Zelaya, en varios de sus poemas se refiere a Dios como el gran Tú: “te revelas Tú”, “Tú siempre”, “Tú regalas”, “Tu vienes”, “Tú eres capaz”, etc. Reconocer que Dios es el Tú del que procede la persona humana es condición necesaria para abrirse a la experiencia de su íntimo amor. Este reconocer es un acto de humildad en el que se manifiesta que la persona humana no se da a sí misma el ser, la existencia. Es este Tú divino que llama a la existencia al yo personal, único y limitado del hombre. En los poemas de Zelaya se evidencia un claro ordenamiento de las realidades divinas y humanas: primero Dios que es ese Tú que sustenta todo lo creado, luego el yo de la persona humana.

Una vez establecida está jerarquía es que se puede hablar de la realidad de dialogicidad (Burgos 24). Dios es solo uno en tres personas divinas: Padre, Hijo y Espíritu Santo –número 253 del Catecismo–. Es un Dios en diálogo, en relación. Ya que Dios mismo es un ser relacional, el ser humano creado “a su imagen y semejanza” está constituido también como un ser de diálogo. Esta realidad de diálogo es que es posible la

experiencia de Dios como ese Tú que se mueve primero para manifestarse al hombre que ha querido abrirse a su realidad trascendente.

Por su parte, en el poemario *Divina herida*¹ de Helena Ospina, se observa que la poeta elige la imagen de Dios como el Amado, haciendo una glosa del *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz. Así Ospina se confiesa herida de amor:

Pregunté al Amado:
¿Por qué gime mi alma
y la dejas así con gemido?
Y el Amado respondió:
Donde hiere el amor
allí está el gemido
—de lo gustado
y de lo vivido—,
cuando quédese sola el alma
y el Amado es ido (42).

El alma está herida de amor, no porque no sea amada, se sabe amada del Amado, pero al mismo tiempo el alma gime porque —ya teniendo algo de amor— como lo recuerda el santo poeta español, echa de ver lo que le falta para llegar al amor pleno y perfecto de unión definitiva con el Amado. En los versos anteriores se observa la dimensión de diálogo propio de los seres que se aman. Hay la certeza de que el Amado escucha y atiende. La respuesta de este hace ver que la herida de amor es un acto de degustar lo que será más adelante en la plenitud, de manera que el gemido de la amada no cesará hasta descansar en el Amado.

Conclusión

En efecto, la experiencia de Dios sobrepasa por mucho la capacidad de la palabra para expresar la profundidad de esta realidad mística y trascendente. La poesía por su condición de síntesis y metáfora es uno de los modos de expresar lo inefable de la experiencia de Dios. Por su parte, Dios en su soberana libertad ha querido revelarse a los hombres, ha querido una expansión de amor que hace a los seres humanos copartícipes del amor, la belleza y el bien que busca expandirse. Además, desde que Dios entro en la historia humana haciéndose completamente humano en Jesús de Nazareth, desde entonces con más intensidad todo lo humano nos habla de Dios, así todo lo divino no es ajeno en absoluto a lo humano. Por esto la identificación de Dios como ese Tú y el Amado, son imágenes que muestran el diálogo de amor que existe entre Dios y el alma orante y poeta de Ana Zelaya y Helena Ospina.

¹ Obra finalista del XVIII Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística, 1998.

Bibliografía

- Delclaux, F. *El silencio creador*. Madrid: Rialp. 2003. Impreso.
- Illanes, J.L., J.B. Torelló, P. Rodríguez, R. García de Haro y Andrew Byrne. *La vocación cristiana*. Madrid: Ediciones Palabra, 1975. Impreso.
- Josemaría, San. *Es Cristo que pasa*. Bogotá: PROCODES-PROMESA, 2010. Impreso.
- Ocáriz, Fernando. *Amor a Dios, amor a los hombres*. Madrid: Ediciones Palabra, 1973. Impreso.
- Ospina, Helena. *Divina herida*. San José: PROMESA, 1999. Impreso.
- _____. *Divino artífice*. San José: PROMESA, 1998. Impreso.
- _____. *¿En qué consiste la imitación de los clásicos?*, *Revista de Lenguas Modernas*, Universidad de Costa Rica No. 14 (enero-junio 2011): 413-425. Impreso.
- Palacios, Conny. *Helena Ospina: La voz encendida de la poesía mística en Centroamérica. Un análisis del proceso místico y poético*. San José: PROMESA, 2008. Impreso.
- Ratzinger, Joseph. *El Dios de los Cristianos*. Meditaciones. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2009. Impreso.
- Rosario-Candelier, Bruno y Jorge Mario Cabrera Valverde. *La intuición metapoética de Helena Ospina. Antología*. San José: PROMESA, 2009. Impreso.
- Zelaya, Ana. *Silenciosa geometría*. San José: PROMESA, 2003. Impreso.